

LOS DOS PRINCIPES DE ITALIA.

ROMANCE QUE TRATA DE LAS AVENTURAS DE dos Caballeros Italianos, llamados D. Enrique y D. Estefano, los cuales eran primos hermanos. Declárase como corrieron lo mas de nuestra España, y el caso mas particular que les sucedió en ella.

PRIMERA PARTE.

Deseosos de ver mundo
de las Provincias de Italia
dos Príncipes se salieron
á ver los Reinos de España,
primos hermanos los dos,
á uno Don Enrique llaman,
y al otro Don Estefano,
los apellidos de Lara.
Anduvieron por ciudades,
hasta llegar à la mapa
de Sevilla, donde toman
por dos meses la posada.
Sucedió estando los dos
una muy fresca mañana
en su cuarto entretenidos,
cuando tocaron dos damas
con un delicado golpe
á la puerta: se levanta
Don Enrique cuidadoso:
le hizo seña la tapada.
Confuso està Don Enrique,
sin saber lo que le pasa.

Corrió el trasparente velo,
y vido un divino mapa,
vido un hermoso compendio
de perfecciones gallardas,
un dulce hechizo miró
dulce encanto en que se encanta.
Saliòse Don Estefano
con resolucion gallarda,
y burlando Don Enrique
el honor de la madama,
quedò hecha una serpiente,
una vívora pisada.
Despidióse de improviso;
y Don Enrique le daba
por fineza un gran Toison
con su cadena dorada.
Enlazósela en el cuello,
y le dijo, que de Italia
era, y que asi le mandase,
que prometia ampararla.
Digo, que los caballeros
se partieron à otras patrias,
y del referido lance
la dama quedó preñada,
y parió un hermoso niño,
del padre una viva estampa.
Se fué criando el Infante
por medio de una criada,
dándole siempre à la madre
la nombradia de hermana.
Llegó á tener quince abriles
con la debida enseñanza
de armas y letras, que son
las dos principales causas.
Su espíritu volativo
á ver mundo le inclinaba,
y un dia dijo á su madre:
¿Es cierto querida hermana,
que no haya yo merecido,
ni por súplicas ni instancias,
saber el que fue mi padre?
Usted dice, que en Itália
asiste, y asi pretendo
el hacer esta jornada,
y por fin se determina
á dejar su amada patria.
Despidióse con alhagos
de su muy querida hermana,
y con cariño le puso
la cadena, que colgada
traia en su mismo pecho,
diciéndole estas palabras:
Busca al dueño de esta prenda,
tendrá buen fin tu esperanza,
y aunque padezcas trabajos,
nunca de ella te deshagas.
En hábito de estudiante
hacia Roma caminaba:
bajó á Viterbo, y alli
quiso el Cielo que parara,
porque la grande pobreza
del trànsito fue la causa.
Desnudo, triste, afligido,
solo, y en agena patria,
se hallaba con mil fatigas,
rindiéndole al Cielo gracias.
A las puertas de un Palacio
nuestro Don Francisco estaba
divirtiéndose la vista
en ver embarcar dos damas

en un carrocin dorado,
hermosas como adornadas,
y á la española costumbre
el sombrero les quitaba.
Mandaron parar el coche,
hízole seña una dama
de las dos, y acudió pronto
á ver lo que le mandaban.
Le dicen: ¿de qué pais
de las provincias de España
sois hijo? Nací en Sevilla.
Y dime, ¿cómo te llamas?
Francisco al servicio vuestro.
Pues mira, por la mañana
vete al patio de Palacio,
y me leerás unas cartas
en idioma Español,
y advierte, que no haya falta.
Joven guárdente los Cielos,
y cumplan mis esperanzas.
Ahora es preciso advertir,
como estas dos bellas damas
son hijas de los dos primos,
y la prima enamorada
de su primo Don Francisco,
en vivo incendio se abrasa.
Herida del Dios vendado,
y mariposa abrasada,
determinose, y tomó
la pluma, y asi notaba:
Con el portador te envio
esos cien doblones, para
que os vistais decentemente
al presente con dos galas.
Y si merezco la dicha
de que os rindais á mis ansias,
os daré, Señor un medio,
con que se vean logradas
en los lazos de himeneo
nuestras firmes esperanzas.
Mi padre el Príncipe tiene
de su Palacio á la espalda,
como un tiro de pistola,
una Ermita derribada,
vos se la podeis pedir,
y en ella hacer habitanza.
Labrareis un hospital
para los pobres que pasan;
y una bóveda hay en ella,
que sé, que á mi jardin pasa,
por ahí, hermoso Adonis,
tendran descanso mis ánsias,
y los dos nos hablaremos.
Y advierte, de que te aguarda
gran castigo si no haces
lo que una Princesa manda,
porque hablándole á mi padre,
haré como apasionada.
No hubo bien rompido el dia,
cuando Don Francisco estaba
en el patio de Palacio
con presunciones muy varias.
Vido llegar un criado,
un bolsillo le entregaba,
y una carta, y le suplica,
que del palacio se salga;
y abriendo el papel, leyó,
y del caso se admiraba.
A la Española se viste,
y luego al Príncipe habla,

diciendo, que el Padre Santo
por penitencia le daba
el que fuese hospitalero,
y que asi le suplicaba
le vendiese aquella Ermita,
que la palabra le daba
de fundar un hospital,
que es obra,que á Dios agrada.
Viendo el Principe su zelo,
y disposicion gallarda,
sin detencion se la dió,
y la obra comenzaba.
La Princesa en este tiempo
diligente le mandaba
cantidades de dinero,
para que adelante vaya.
Rematada ya la obra,
compuesta y finalizada,
veinte y cuatro camas puso
para los pobres que pasan.
Todos le alaban el gusto,
viendo como egercitaba
el acto de la humildad,
por lograr lo que esperaba.
No pasó noche ninguna,
que al jardin no se bajara
à hablar y ver la Princesa,
donde amantes se estimaban.
Dejemos en este estado
esta historia en la sumaria,
que en otra segunda parte
quedará finalizada.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

Sevilla: Imprenta de la Viuda de Caro,
calle de Génova n. 11.